

Colleen Wessel-McCoy – Sermón inal
Predicando para la transformación social
Primavera 2006

Uno de los peores errores que un seminarista puede cometer es tratar de predicar en la iglesia lo que está aprendiendo en el seminario. Esto nunca funciona. Es muy desagradable escuchar a alguien explicar el significado de una palabra griega que no entiende completamente. Así que me decidí ir en contra de compartir con ustedes el día de hoy, los detalles más resaltantes del documento que escribí sobre Martin Lutero y la pobreza. Pero, hay una pequeña parte de un sermón que Lutero escribió que traje conmigo para compartir. El dijo: “Esto es obvio: si alguien siente dolor en un pie, sí, aún en el dedo pequeño, el ojo inmediatamente lo mira, los dedos lo agarran, la cara se frunce, el cuerpo se curva y toda la atención del cuerpo se centraliza en este pequeño miembro; entonces, una vez que éste es atendido, el resto de los miembros mejoran”. (Obras de Lutero 35:52).

Cuando me encontraba en Georgia cursando la secundaria, todos los veranos iba con mi grupo juvenil a un ‘viaje misionero’ a la zona rural del norte de Georgia, cerca de la frontera con Tennessee. Por cinco noches permanecíamos en un campamento y cada día salíamos para atender a personas que necesitaban ayuda. Cortábamos el césped de aquellos que no podían moverse como antes; reparábamos las escaleras de los pórticos, colocábamos protección en las casas rodantes para prevenir el ingreso de roedores, reparábamos techos y construíamos rampas para sillas de ruedas. Tratábamos de hacer todo lo que algunas personas no podían llevar a cabo apropiadamente. Nuestras actividades comenzaban cada mañana revisando en el campamento el plan de trabajo que recibíamos, con instrucciones tales como las siguientes: “cuando el camino pavimentado acaba y empieza la parte sin asfaltar, avanzar 2 millas y voltear a la izquierda” o “cuando pasen la casa que tiene las llantas en el patio de entrada—usted se dará cuenta porque las podrá ver—voltear a la derecha y seguir hacia la montaña”. Estas familias vivían en casas rodantes y en pequeñas y antiguas casas en la región de los Apalaches—todos luchaban por sobrevivir. Cada día íbamos a una nueva localidad, por diferentes caminos, observando cada vez más y más familias que vivían alrededor—luchando por sobrevivir, y todas lejos de la vista y de la conciencia de nuestra nación.

Uno de esos días cuando estaba cortando arbustos con una podadora en un tramo del camino, un nido de avispas amarillas me convenció que debía tomar un descanso. Mientras me refrescaba bajo un roble viejo conocí a Sara. Ella tenía 7 ú 8 años de edad y vivía allí con sus padres y su abuelo. Caminamos alrededor y conversamos por un momento y luego me preguntó: “¿Quieres jugar a la princesa?” yo acepté y ella me llevó a su casa, “a su espacio”. No era un dormitorio, sólo un colchón en un rincón de la cocina donde me imagino que antes hubo una mesa. Y cuando digo colchón, realmente quiero decir apenas un colchón. No había la base o el marco de la cama. Ni siquiera habían sábanas—sólo el colchón en el piso junto a la estufa y el repostero. Ella corrió al siguiente cuarto pasando la cocina y regresó arrastrando un viejo ventilador de caja, que conectó y puso frente al colchón. Sara me pidió que me acostara en el colchón sobre mi estómago. Yo no estaba segura de lo que esta situación tenía que hacer con jugar a la princesa, pero seguí sus instrucciones. Ella prendió el ventilador y lo acomodó para que

el aire soplara directamente hacia donde yo estaba, se sentó junto a mí y me rascó la espalda. Ella dijo: “esto es lo que mamá hace, así es como jugamos a la princesa”. Su mamá no tuvo muchas cosas materiales que ofrecerle, pero se aseguró y se tomó el tiempo para demostrarle a Sara que era apreciada y amada.

Recuerdo ese día por muchas razones. Pienso en Sara y en su madre “jugando a la princesa” cuando veo que se asume que las mujeres pobres son malas madres. Muchas veces pienso en Sara cuando escucho la estadística sobre la penetrante pobreza en este país. Recuerdo a Sara y la manera en que cuidadosamente acomodó el ventilador hacia mí, cuando trato de entender la gracia de Dios. Y pensé en Sara cuando leí el sermón de Lutero sobre el dedo pequeño: si alguien siente dolor aún en el dedo pequeño, el ojo inmediatamente lo mira, los dedos lo agarran, la cara se frunce, el cuerpo se curva y toda la atención del cuerpo se centraliza en este pequeño miembro; entonces, una vez que éste es atendido, el resto de los miembros mejoran”. (Obras de Lutero 35:52).

Muchas veces cuando nos referimos a nuestro cuerpo como una manera de describir la comunidad cristiana, decimos “la mano derecha protege a la mano izquierda” o “a pesar que los ojos y los oídos sirven para diferentes funciones, ambos son importantes”. Estas son verdades y recordatorios esenciales sobre cómo damos lo mejor de nosotros mismos —la manera como nos esforzamos. Pero lo que me gusta sobre la versión de Lutero, es que él habla acerca del dedo pequeño, una parte del cuerpo cuyo papel no es tan definido como las manos y los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que su dedo pequeño evitó que usted fuera atropellado por un coche o le ayudó a preparar la cena? Pero cuando nos golpeamos el dedo pequeño, duele como cualquier otra parte del cuerpo. Cuando usted se golpea el dedo pequeño, usted no dice “ah, está bien que me duela porque el dedo pequeño no me sirve de mucho”. No, Lutero está en lo cierto—cuando nuestro dedo pequeño siente dolor, el resto de nuestro cuerpo no se siente bien hasta que éste mejore. Ese dolor está en nuestra mente hasta que desaparezca.

Estos días se comenta mucho sobre las mareas crecientes que levantan los barcos y las personas que gozan de bienestar cuando un negocio marcha bien. Como cristianos y cristianas, tenemos el desafío y el llamado a estar seguros que el cuerpo entero sea cuidado—aún los dedos pequeños y las pequeñas Saras. Como cristianos y cristianas, buscamos un mundo donde aún el dedo pequeño reciba cuidado. El hecho de que un 98% del mundo goce de bienestar no es lo suficientemente bueno si un 2% no lo está; así como cuando no nos sentimos completamente bien, si sentimos dolor aún en una pequeña parte de nuestro cuerpo. No estar conformes es una parte importante de ser una comunidad cristiana.

Aunque ella me acababa de conocer y yo hice muy poco por merecerla, Sara vino hacia mí como si yo fuera un dedo pequeño que merecía atención y comodidad. De hecho, así sucede con la gracia de Dios, que estamos llamados a compartir unos con los otros.

Colleen Wessel-McCoy está cursando su tercer año en el programa de Maestría en Divinidades del Seminario Teológico Union, en Nueva York. Sus planes son sacar un doctorado en ética con el fin de enseñar. Ella es nacida en Georgia.